



## El olor a muerte

Entre la tristeza cotidiana de septiembre, el día acomodó un sol de cuarenta y cinco grados en el cielo siendo apenas las ocho de la mañana. El sofoco apareció como de costumbre, obligando a las mecedoras a correrse a las entradas de las casas para recoger la brisa tardía de la madrugada, pero la carretera, casi vitrificada por la incandescencia, evaporaba el más mínimo amago de comodidad. Justo a las ocho y doce minutos el reloj dejó de existir, sus manecillas derretidas se llevaban el tiempo a otro lugar.

—¡Santiaguito no pudo escoger peor día para morirse! —suspiró Dorotea, su mamá. Sin lágrimas, se dispuso a preparar el cadáver ante la inminente llegada de los dolientes. Observó el traje dominguero de su hijo colocado en el ropero; tenía el pantalón y la camisa perfectamente doblados dentro del saco e intentó recordar algún domingo en el que Santiago lo hubiera usado, pero no lo encontró.

Cuando sacó el traje la atarraya se le vino encima; su hijo la había guardado en ese lugar desde que dejó de usarla cuando al río se le olvidó llegar al mar y se quedó como un delta fangoso e inerte dentro de la planicie, pero ya no quedaba mucho de aquella herramienta, solamente los trozos de plomo que las polillas no se podían comer amarrados a intermitentes tiras de nylon.

Puso el traje en la cama y se dispuso a recoger los pesos de plomo pero en un parpadeo se encontró en la sala viendo cómo el reloj marcaba las ocho y doce minutos. Volvió al cuarto intrigada y se sorprendió al ver al muerto perfectamente vestido, entonces dedujo tranquilamente que había pasado horas preparando el cadáver.

La noticia rodó por los techos de zinc y se hizo cera en los oídos de cada persona del pueblo. La muerte no era común y menos si se llevaba al habitante más joven, todos sintieron un hueco en la barriga cuando vieron el cuerpo, tieso y con los ojos torcidos. Santiago se iba a sus escasos ochenta y siete años de edad.

Los dolientes se acomodaron en la pequeña sala de la casa, los más viejos no necesitaban mucho espacio, con el paso de los años se iban encogiendo, llegaban a medir menos de un metro y se sentaban de a dos y tres en una silla.

Pronto, no quedó un solo espacio desocupado, lo que inquietaba a Dorotea, pues faltaba Jacobo Fonseca, el habitante más viejo del pueblo. Muchos decían que era el fundador y que tenía 500 años, pero nadie estaba seguro de nada en absoluto.

Fonseca llegó sin prisa, su salud no tenía edad y seguía tan fuerte como el día en que construyó el Santuario del Precipicio, pero estaba lejos del monumental ser que alguna vez fue. Medía 78 centímetros, tenía una joroba más grande que la sala de la casa y unas piernas raquíticas, sin embargo conservaba todos sus dientes, aunque muchos afirmaban que se los quitaba cada noche.

Llegó prácticamente como un dios, dejando una estela de olor a hojas de naranja agria. Dorotea se perdió en el olor y no supo cómo de pronto apareció frente a la muchedumbre con una bandeja llena de vasos con café y aguas aromáticas, la sorpresa fue mayor al ver que ya era de noche, todos quedaron igualmente sorprendidos, pues nadie estaba seguro de cómo habían transcurrido las horas previas a ese momento, el tiempo daba saltos a placer. Jacobo Fonseca nunca decía nada al respecto, se había acostumbrado a vivir casi mirando las cosas desde arriba, viendo ir y venir a los viejos que no podían definir qué día de la semana era.

El reloj marcó las ocho y trece minutos y Dorotea salió una vez más de su abstracción, dejó de percibir el olor a hojas de naranja agria y se encontró sola, vestida con el traje que solía usar los domingos, sentada junto a Jacobo Fonseca, que se le acercó y con una determinación inusual le dijo:

—Se te vio muy triste este septiembre, pero tienes que olvidarlo—. Y saliendo de la casa agregó:

—El próximo septiembre Santiago cumple diez años de muerto, ya es hora de que pienses en enterrar los huesos.

Dorotea, terriblemente confundida, se abalanzó al cuarto y encontró los huesos perfectamente blancos metidos en el traje descolorido y con un leve olor a naranja agria rondando encima.